

LIBROS

El enigma de Joaquín Maurín

Joaquín Maurín, figura destacada en el movimiento obrero catalán, director de "La Batalla", fundador en 1931 del Bloque Obrero y Campesino, y, en 1933, del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) es uno de los contadísimos diputados del Frente Popular que, detenidos en la llamada zona nacional en los comienzos de nuestra guerra civil, sigue con vida al finalizar la contienda. Continúa preso hasta 1946 en que es liberado luego de diez largos años pasados en cárceles y presidios. Trasladado a Francia en 1947, marcha poco después a los Estados Unidos, donde reside hasta fallecer en Nueva York en el mes de noviembre de 1973.

Maestro de profesión, hombre culto e inteligente, de palabra elocuente y pluma ágil, la vida de Maurín es una lucha permanente. Marxista convencido, documentado y polémico, trata en los años veinte de arrastrar a la CNT hacia la Tercera Internacional, fracasando en el intento. Más tarde se aleja del comunismo ortodoxo para figurar en cabeza entre los trotskistas hispanos. Su lucha contra la Dictadura primorriverista le vale unos años de encierro y otros tantos de exilio. Durante la República combate dialécticamente en distintos frentes, demostrando, junto a la amplitud de sus conocimientos, sus condiciones de polemista tanto en la tribuna como en la prensa. En 1936 es elegido diputado y el 18 de julio le sorprende en La Coruña, donde se propone realizar una campaña de propaganda del POUM.

Ni antes ni después de la guerra discute nadie las dotes políticas de Joaquín Maurín, la noticia de cuya supuesta muerte —que circula profusamente por la zona republicana sin ser oficialmente desmentida— es reci-

bida con hondo y sincero pesar. Pero el descubrimiento de que no ha muerto sirve años más tarde, en la clandestinidad y en el exilio, de razón o pretexto para ataques más o menos abiertos a su actuación durante los tiempos más azorosos y agónicos de su dilatada existencia. Para sus enemigos resultaba por lo menos extraño no ya su simple supervivencia, sino el hecho mismo de que, luego de conocida su verdadera personalidad, en la cárcel de Salamanca figurase oficialmente con el nombre supuesto —a ciencia y conciencia de las autoridades de que lo era— de Máximo Uriarte Ortega, de Portugaleta, cuyas iniciales, leídas a la inversa, forman precisamente el nombre del POUM.

Durante mucho tiempo, lo ocurrido a Maurín durante su angustiosa cautividad fue un enigma, en el que el propio interesado —probablemente por desprecio hacia calumnias y habladurías de sus enemigos ideológicos— nada hizo por aclarar. Ahora, un antiguo militante del POUM, que coincide con el líder trotskista en la cárcel de Salamanca y mantiene después una relación que no se interrumpe a



Maurín.

través de los años, trata de poner las cosas en su lugar en una obra recientemente editada por Cuadernos para el Diálogo en su colección Divulgación Universitaria, titulada precisamente "Maurín, gran enigma de la guerra y otros recuerdos".

En las 340 páginas de su libro, Manuel Sánchez Rodríguez nos cuenta, en prosa fluida y es-

tilo directo, la peripecia dolorosa de su existencia en los años de guerra y posguerra, que coincide en muchos puntos y no pocos encierros con la de Joaquín Maurín. Si sus avatares personales —más de tres años de vivir escondido, su paso a Portugal en 1940, su detención por la famosa Pide lusitana, su entrega a las autoridades españolas, su consiguiente encierro y condena a muerte— tienen interés y emoción, acaso su mayor importancia reside en presentarnos una parte de la otra cara de la moneda, señalando lo que fue la vida en Salamanca para los liberales durante la guerra y la triste suerte corrida por destacadas figuras de la política local en un ambiente obsesivo de miedo y terror que se prolonga de forma interminable para los supervivientes.

"Maurín, gran enigma de la guerra y otros recuerdos", se lee con interés y apasionamiento crecientes. Manuel Sánchez ha acertado a darnos una visión impresionante de la vida en la retaguardia nacional. Pero, como reconoce con absoluta honestidad, hay algunos puntos oscuros que no está en condiciones de aclarar con pruebas fehacientes y en los que ha de buscar una explicación a base de suposiciones. Que estas explicaciones no siempre sean totalmente convincentes cabe achacarlo a que si la ficción ha de parecer verosímil, la realidad puede permitirse el lujo de la inverosimilitud y mucho de lo ocurrido en nuestra guerra resulta difícil de admitir, aun siendo enteramente cierto.

Un leve defecto cabe señalar en la obra de Manuel Sánchez, debido al hecho de escribir su libro de memoria, sin consultar datos, fichas ni fechas. Esto le hace incurrir en errores fácilmente subsanables, como el supuesto pasaporte concedido al secretario de la UGT, José Rodríguez Vega, en época precisamente en que, tras cruzar clandestinamente la frontera, llevaba largos años residiendo en Francia. En cualquier caso, el libro es interesante y aleccionador al presentarnos aspectos de la vida nacional en los últimos cuarenta años, poco o nada conocidos por la generalidad de los españoles. ■ E. GUZMAN.

Todos fuimos culpables

Paulatinamente, el goteo de libros de difusión autorizada, procedentes de nuestros medios del exilio, se ha ido incrementando en los últimos meses. Todavía no hemos visto en las librerías españolas volúmenes valiosos, como El P. S. O. E. en las Cortes Constituyentes de la II República (Méjico, 1969, obra de Enrique López Sevilla) o La C. N. T. en la revolución española, de José Peirats (París, 1971), pero otros títulos van difundándose. Por no mencionar el caso de Azaña, es aún reciente la distribución de Dentro y fuera del Gobierno, los discursos parlamentarios republicanos de Indalecio Prieto, que ha editado en Méjico hace unos meses Ed. Oasis. Y, a los tres años de su impresión, el lector español puede, si tiene alguna fortuna, descubrir Todos fuimos culpables, el libro de memorias redactado por el político socialista Juan Siméon Vidarte (1).

Vidarte, que vive exiliado hoy en Méjico, fue un observador privilegiado de la Segunda República. Extremeño, de familia acomodada, abogado, socialista y masón, figuró, primero, en la Ejecutiva de las Juventudes Socialistas y, más tarde, en la del PSOE a partir de 1932, cabiéndole en suerte, por el encarcelamiento generalizado de dirigentes tras la revolución de Octubre, desempeñar la secretaría legal del partido a lo largo de 1935. En las Cortes Constituyentes de la República había sido diputado socialista por Badajoz y primer secretario de la cámara que presidía Julián Besteiro. En los sucesos de Castilblanco actúa en defensa de los inculpados, al lado de Jiménez de Asúa y de Rodríguez Sastre, "defensores del pueblo". En marzo de 1935 participa en la definición "centrista" del PSOE escribiendo a Prieto en el sentido de favorecer la alianza con los republicanos de izquierda. Como es lógico, se opone al socialismo revolucionario de Largo Caballero, interviniendo en la votación

(1) Juan Siméon Vidarte: Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español. Tezontle. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1973. Precio: 1.000 pesetas.

que, en diciembre de 1935, movió al "viejo" a dimitir de la presidencia de la Ejecutiva. Casi de inmediato actúa con Manuel Cordero en las negociaciones que llevan a la firma del pacto de Frente Popular. Más que como delegado socialista, como delegado obrero, al no intervenir directamente en las conversaciones comunistas y sindicalistas. En los meses que preceden a la guerra, su calidad de masón le proporciona datos de importancia sobre los primeros preparativos insurreccionales en febrero. (Por desgracia, echamos de menos en sus detallados recuerdos una descripción del funcionamiento efectivo de la masonería en el período, aunque son múltiples las alusiones personales.) Luego, en el verano del 36, el azar volverá a situarle excepcionalmente al ocupar el ministerio de la Guerra con el gobierno Giral su tío, el general Castelló. Aún habrá de desempeñar una serie de misiones confidenciales en el exterior, especialmente en la fase presidida por el doctor Negrín. Luego, en el exilio, quedará fuera de la disciplina socialista tras un incidente menor en que entra en juego su condición de miembro de la masonería.

Los voluminosos recuerdos que integran **Todos somos culpables** son, según nos señala en su prólogo el propio Vidarte, la parte final de una tetralogía autobiográfica cuyo punto de partida serían los años de gestación republicana (1917-1930), para seguir con las Cortes Constituyentes del nuevo régimen y con el examen de la revolución de Octubre (2). Comprenden el período que se inicia con las elecciones del Frente Popular y se cierra con la derrota republicana.

El título no debe engañar. Posiblemente los mejores capítulos de **Todos somos culpables** correspondan a la crisis de julio, y nada hay en ellos de nostalgia por una reconciliación que, a la vista de los datos que expone, resultaba totalmente inviable. La culpabilidad residiría en la incapacidad, en grado máximo atribuible al gobierno de Casares Quiroga, para controlar la si-

(2) Según datos del propio autor, son de próxima salida el tomo segundo, *Las Cortes Constituyentes de 1931*, y el primero, aún sin título.

tuación e impedir el levantamiento. Las precisiones que proporciona acerca de las relaciones de Casares con los partidos del Frente Popular, y sobre las vacilaciones de aquél y su repercusión en el desenlace de la crisis, confirman relatos anteriores, con el peso de la observación directa. Otro tanto cabe decir del cuaderno de notas de los meses anteriores al alzamiento.

Claro que, como en otros libros similares, Vidarte tiende a forzar un protagonismo ante el cual, a falta de testimonio en contra, el lector se encuentra desarmado. Siempre me ha asaltado la desconfianza al seguir estos libros de memorias en que, a cuarenta años vista, se producen textualmente conversaciones y actitudes. Quisiera recordar a este respecto la versión centrista de la crisis del PSOE en la primavera del 36, las informaciones de sus extraños amigos "Ángel de Ángel" y "Pepe Jerez" sobre las conspiraciones, la posición ante el caso Nin. En descargo de Vidarte hay que aducir el rigor con que maneja las fuentes escritas, lo que hace presumible igual precisión respecto a las orales. Aunque es obvio que su perspectiva tiende siempre a ver con mirada crítica las actuaciones de comunistas y anarquistas y a ensalzar el republicanismo de la francmasonería.

Esperemos los tomos prometidos por Vidarte sobre el socialismo y la República. A la vista de **Todos somos culpables**, cabe pensar que constituirán una fuente auxiliar imprescindible para el conocimiento del tema.

■ MARTA BIZCARRONDO.

## De otros tiempos, de un tiempo, del nuestro

La superstición y el despotismo son, con la peste, las más horribles plagas del género humano, decía Voltaire (con perdón).

Doscientos años después, de esta triada los españoles sólo echamos de menos la peste. Aunque, bien mirado, ¿qué peste peor que el despotismo? Sobre todo cuando, como es nuestro caso, se trata de un despotismo analfabeto o, lo que es igual, analfabetizador (reléanse, al



El Palmar de Troya.

respecto, las obras de nuestro Mac Luhan para andar por casa, de nuestro gran teórico de la comunicación Gabriel Arias-Salgado). ¿Y no son inseparables, por vía y obra de casualidad, despotismo y superstición?

¿Lenguaje decimonónico? Quizá, pero, por ello, actual aquí y ahora. Pues hemos marchado tan rápidamente en los últimos meses que ya estamos en pleno siglo XIX. En el carpetovetónico retablo de las maravillas hemos visto agitarse últimamente, en un esperpéntico ballet necrológico y cronológico, las figuras redivivas y coleantes de Sor Patrocinio, Cánovas y Narváez ("gobernar es resistir", ha dicho recientemente el émulo en carácter y en talante del Espadón de Loja, citando una frase de éste no menos célebre que aquella otra de que no le era posible perdonar a sus enemigos por haberlos fusilado a todos).

Estar ya en pleno siglo XIX es un considerable progreso para los que hemos vivido, apenas hace unos años, en plena Edad Media. De ello podemos dar fe los que, estudiantes de Filosofía y Letras por los años 50, adquiríamos con los derechos de matrícula los de usar las exclusivas y excluyentes gafas de Santo Tomás para asomarnos al mundo, al demonio y a... la carne con patatas de los comedores del SEU (q. e. p. d.). Porque la otra, la buena, la del sexto, era -descartando la venal- casi tan clandestina como el PC. o como el "Sobre los ángeles" de Alberti.

Es un progreso, sí. Pero, contrariamente a nuestros contemporáneos del XIX, hoy sabemos que el progreso -ellos lo escribían con mayúscula, como el Vapor y la Moral- no es continuo ni lineal. Sabemos también que ser coetáneos no significa necesariamente ser contemporáneos. O viceversa. O versavice. Hay pueblos que viven todavía en la Edad de Piedra y que son rigurosamente coetáneos de los cosmonautas. Pero no hay que ir a Nueva Guinea para comprobarlo; basta con escuchar aquí a los portavoces del Paleolítico, a los abanderados de Don Pelayo (pero ¿era de derechas don Pelayo?) en su cortésana y callejera guerrilla de reconquista, para saber que las épocas más diferentes pueden convivir sincrónicamente, para comprender cómo por encima de los siglos Santa Teresa puede darle la mano -la mano viajera e incorrupta- a Cánovas, y éste la suya, su momificada mano izquierda, a su tan aprovechado y fragante discípulo. Basta ir a nuestros pueblos. O más sencillo aún, asomarse, por 480 pesetas, a la "Guía sobrenatural de España", de Carlos Pascual, recientemente editada por Al-Borak. Basta, en efecto, asomarse a este libro, que acoge tan sólo una mínima parte de la patología espiritual y cultural del país, para ver que el "milagro económico" propiciado por los apostólicos de la "nouvelle vague" es contemporáneo de los milagros con que el Cielo nos favoreció en otras épocas.